

IGNACIO, FABRO Y JAVIER, TRES SANTOS PARA HOY.

F. Javier Duplá s.j.

Una nota inicial para los lectores: San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier son santos universalmente conocidos, el primero como fundador de la Compañía de Jesús y el segundo como Patrono Universal de las Misiones. Pedro Fabro, perteneciente al grupo de compañeros fundadores, es prácticamente desconocido del gran público, pero también lo incluiré en este artículo, porque en este año 2006 se celebran quinientos años del nacimiento de Javier (7 de abril 1506), del nacimiento de Fabro (13 de abril de 1506) y 450 años de la muerte del gran santo fundador (31 de julio de 1556).

El enfoque de este trabajo es resaltar la vigencia de estos tres grandes cristianos para el controversial mundo en el que vivimos. Me fijaré en varios aspectos que siguen siendo importantísimos para la sociedad contemporánea: San Ignacio, precursor de la globalización; Pedro Fabro, maestro de la vida interior; Francisco Javier, adelantado de la inculturación. Por supuesto, no son aspectos mutuamente excluyentes, quiero decir, los tres santos fueron hombres de profundísima vida interior, de amplitud universal de miras y de deseos enormes de comunicar el mensaje y la vida de Jesucristo al mundo entero. Pero quiero fijarme en particular en esos rasgos por su enorme actualidad, porque los considero absolutamente necesarios para ayudar a que no naufrague esta humanidad en crisis.

Iñigo de Loyola (1491-1556) nace como el vástago número 13 de una extensa familia guipuzcoana, radicada en la casa-torre de Loyola. Pierde muy pronto a su madre y es una cuñada, casada con el segundo de

los hermanos mayores, la que se hace cargo de él en la casa solariega. Su educación corresponde a la de un joven de familia de nobleza menor y así es enviado por su padre a la villa de Arévalo (Castilla), a fin de que reciba la formación correspondiente a un paje del séquito del Tesorero Mayor, don Juan Velásquez de Cuellar. Íñigo pasa a Nájera (La Rioja) cuando su protector cae en desgracia y se convierte el Virrey de Navarra en nuevo protector del joven, que en ese momento cuenta ya 25 años. En un hecho de armas que cambió su vida Íñigo queda herido en la defensa de la ciudadela de Pamplona, asediada por tropas francesas (20 de mayo de 1521). Durante la convalecencia en su casa solariega de Loyola lee libros espirituales que le presta su cuñada y Dios le va sutilmente transformando en su interior. Al cabo de varios meses de permanencia en el lecho, Íñigo se ha transformado en un hombre distinto. Sigue siendo impetuoso, buscador de la gloria, pero ya no de la humana, sino de la divina. Quiere realizar grandes hazañas como San Francisco de Asís y Santo Domingo, y él no sabe todavía que sus anhelos se verán plenamente cumplidos con el transcurrir del tiempo.

No voy a relatar la vida completa de este vasco universal. Hay buenas biografías y a ellas remito al lector interesado¹. Solamente quiero señalar el cambio espiritual enorme que experimentó Ignacio y que le proyectó hacia horizontes amplísimos e insospechados, hasta convertirlo en un santo universal, con una visión de la realidad que hoy llamaríamos global e integral. Mencionaré en forma esquemática los siguientes aspectos:

1. Después de su conversión a Dios, y tras un período de penitencia y oración sumamente agitado en Manresa y Barcelona, decide embarcar para Tierra Santa, a fin de contemplar, en vivo, los lugares en donde vivió y actuó Jesús de Nazaret y quedarse a vivir en ellos. Su horizonte se amplía impulsado por su amor enorme a Jesucristo, al que quiere imitar en todo, hasta quedarse en su misma tierra. Esto no fue posible, pero Ignacio se fue desprendiendo así de referencias familiares y nacionales demasiado estrechas, y abriéndose a una mentalidad que trasciende los espacios y los tiempos.

2. Al regreso de Tierra Santa decide estudiar formalmente en la universidad, aunque ya pasa de los treinta años. Primero en Alcalá de Henares, luego en Salamanca y por fin en París, va ampliando sus amistades, haciéndolas internacionales. El punto focal sigue siendo Jesús, desde luego,

¹ Especialmente accesibles para el lector venezolano son las siguientes: José Ignacio Tellechea, *La aventura de un cristiano*. UCAB-Provincia S.J. de Venezuela, Caracas, 1995. Pedro Galdos Zuazua s.j., *Vida de San Ignacio de Loyola. Los jesuitas en América*. 3ª ed. Caracas, 1995.

del que quiere hablar constantemente e invitar a otros a seguirle, pero el Señor le va llevando poco a poco a congregar un grupo de compañeros de varios países, que serán el germen de la futura Compañía de Jesús.

3. Siete compañeros hacen votos, el 15 de agosto de 1534 en Montmartre, de ir a Jerusalén y de ponerse a disposición del Romano Pontífice al regresar de los santos lugares. No pueden viajar y entonces deciden consagrarse a predicar, atender a los enfermos en los hospitales, aconsejar, ayudar a las almas de todas las maneras posibles. Todavía no son una congregación religiosa, pero proceden de varias nacionalidades: España, Francia, Saboya y Portugal. Ellos, aun viniendo de países diferentes y algunos en guerra (los dos primeros), han logrado superar los condicionamientos nacionalistas y se quieren como “amigos en el Señor”.

4. Una vez aprobada la Compañía de Jesús por el Papa Paulo III en 1540, va en aumento rápido el número de los que se apuntan en esta nueva orden religiosa. Comienza la dispersión de los jesuitas hacia los límites del universo conocido: la India, Malaca, las Molucas, Japón, con Francisco Javier; Brasil a partir de 1549, con el P. Manuel de Nóbrega (1517-1570). Ignacio desde Roma mantiene, con sus cartas, los hilos de la dispersión, anima, alienta, corrige, impulsa. Sueña incluso con enviar jesuitas a Abisinia, en el este de África, algo que no pudo realizar en su tiempo, pero que realizarán otros jesuitas posteriormente.

5. La mentalidad de Ignacio es universal. Piensa en grande, envía jesuitas al Concilio de Trento, anima a Pedro Fabro y luego a Pedro Canisio para que enfrenten la reforma protestante en Alemania. Se alegra con las cartas que envía Francisco Javier desde el remoto Oriente y le anima a extender el Reino de Cristo hasta los confines más alejados. Impulsa la fundación de instituciones educativas en Europa, Brasil y la India.

6. La Compañía ha sido fundada, rezan sus Constituciones (nº 308), para discurrir “por unas partes y otras del mundo por mandado del Sumo Vicario de Cristo Nuestro Señor o del Superior de la Compañía misma, predicar, confesar y usar los demás medios que pudiera con la divina gracia para ayudar a las ánimas”. Mayor amplitud y globalidad de lugares, destinos y tareas no es concebible. Como consecuencia, la movilidad de los jesuitas ha sido grande históricamente y así han podido acudir donde se consideraba de mayor servicio divino y utilidad de los prójimos en ese lugar y momento.

7. Ignacio, desde Roma, insiste en que los jesuitas dispersos por todo el mundo envíen, constantemente cartas con noticias, que luego son copiadas y reenviadas a los demás. “Quería Ignacio que los compañeros dispersos escribieran a Roma con frecuencia. A Fabro se le dice que escriba cada quince días. En Roma se arreglaban las cartas y se enviaban noticias de todos a todos...”². Ignacio da gran importancia a la comunicación, una de las realidades más importantes en el mundo globalizado de hoy, y la ve como constructora de comunidad.

8. Por último, algunas expresiones de Ignacio, frecuentes en las Constituciones y en las cartas, revelan este espíritu universal precursor de la globalización actual, y superior a ella en cuanto a los motivos que la impulsan. “El bien cuanto más universal, más divino”; “A mayor gloria de Dios”, expresada luego como lema: A.M.D.G. (“Ad maiorem Dei gloriam” en su expresión latina); “Discurrir por cualquier parte a donde el Señor le quiera enviar por medio del Romano Pontífice” son algunas de esas expresiones, que revelan un talante universalista.

La visión globalizadora de Ignacio es espiritual, desde luego, pero muy efectiva. Logró infundir en los jesuitas una disposición de ánimo de carácter verdaderamente universalista y los impulsó a recorrer el mundo y a misionar dondequiera. Concretamente en Venezuela, las misiones del Orinoco en los siglos XVII y XVIII fueron desarrolladas por jesuitas de origen español, alemán e italiano, y siempre ha habido jesuitas de varias nacionalidades repartidos por todas las provincias del mundo. Los orígenes nacionales de los jesuitas no los confinan a su patria de origen, sino que su patria es donde quiera que pueda hacerse mayor servicio de Dios Nuestro Señor y bien de las almas.

Pedro Fabro (1506-1546) nace en Villareto, Alta Saboya, en un valle de los Alpes. De niño se dedica a pastorear las ovejas, pero a los diez años anuncia a sus padres que quiere estudiar. Gente piadosa y comprensiva, permiten iniciar al niño una carrera de estudios que concluirá con el doctorado en París en 1536. En la capital de Francia conoce y comparte habitación con Iñigo de Loyola, ya convertido en Ignacio, con Francisco Javier y con el maestro de todos, el regente Juan de la Peña. Fabro repite las lecciones a Ignacio, varios años mayor que él, y se inicia una amistad extraordinaria, en la que el discípulo se convierte en el maestro del joven saboyano. La gran

2 Antonio Alburquerque, *En el corazón de la Reforma. “Recuerdos espirituales” del Beato Pedro Fabro S.J.* Colección Manresa 21. Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, s.f., p.141.

sensibilidad interior de Fabro le permite avanzar enormemente en la vida espiritual, guiado por Ignacio, pero también le ocasiona escrúpulos que le molestarán con frecuencia. Cuando Ignacio regresa a Guipúzcoa para reponer su quebrantada salud, Fabro pasa a ser “el hermano mayor” del grupo de compañeros reunidos en torno al Maestro Ignacio. Nadie como él da los Ejercicios Espirituales, nadie recibe mejor acogida de los demás por su carácter bondadoso y espiritual.

Fabro se ordena de sacerdote el 30 de mayo de 1534, el primero de los compañeros. Él recibirá los votos de ellos en Montmartre en el agosto siguiente. Luego recorrerá varias partes de Europa y permanecerá especialmente en Alemania (Espira, Maguncia, Worms, Ratisbona, Colonia), en misión de fortalecimiento de la fe católica. Su apostolado preferido será dar Ejercicios, tratar con toda clase de personas – obispos, consejeros y embajadores reales, y también gente del pueblo – y orientarlas en los caminos del Señor.

Es interesante el testimonio que Pedro Canisio, ilustre jesuita a quien Fabro dio los Ejercicios, da sobre Fabro: “Nunca vi un teólogo más docto ni más profundo. No busca otra cosa sino cooperar con Cristo para el bien de las almas (...) Tanta autoridad tiene que le buscan muchos religiosos, obispos y doctores”³.

Fabro fue un hombre de gran vida interior. Dedicaba mucho tiempo a la oración, especialmente mientras caminaba en tantos y tan largos viajes como hizo. Dejó escritos sus pensamientos y sentimientos en un hermoso documento, llamado Memorial, donde anota las mociones o movimientos interiores, las inspiraciones, las gracias que el Señor le concede, toda su rica vida espiritual. Fabro es maestro en los detalles, en rezar el breviario con atención, en decir la Misa deteniéndose a pedir gracias al santo de cada día. Encomienda al Señor y a los ángeles las ciudades que visita, sus habitantes, sus campos, sus ganados. Veamos algunos pasajes de su escrito.

“Ese mismo día pensé mucho en la manera de orar y actuar bien. Y en cómo, de alguna manera, los buenos deseos que brotan de la oración, preparan el camino y disponen para el bien obrar, y, al contrario, las buenas obras llevan a los buenos deseos. Noté y sentí claramente que quien busca con espíritu a Dios en las buenas obras, lo encuentra después mejor en la oración que si hiciese lo contrario que es más frecuente:

3 *Ibid.*, p. 69.

buscarlo primero en la oración y después en las obras. Quien busca y encuentra el Espíritu de Cristo en las buenas obras, aprovecha más sólidamente que quien sólo lo busca en la oración. Y esto es así porque quien encuentra a Cristo en las obras y en la oración es como si lo tuviera en efecto y en afecto. Tienes que esforzarte, por consiguiente, por vencerte a ti mismo, mortificarte, integrarte y disponerte para percibir todo bien por las buenas obras. Experimentarás entonces que es una excelente preparación para la oración mental. Que tu vida tenga algo de Marta y María, que se apoye en la oración y en las buenas obras, que sea activa y contemplativa. Que busques lo uno para lo otro y no por sí mismo, como muchas veces sucede. Has de buscar la oración como medio para obrar bien. Si estas dos cosas están ordenadas la una a la otra será mucho mejor. Y hablando de manera general es preferible que tus oraciones vayan encaminadas a obtener los tesoros de las buenas obras. Y no al contrario” (Memorial, 126).

Fabro es muy consciente, como se ve, de la estrecha relación entre la oración y las obras, entre la contemplación y la acción: “Quien busca y encuentra el espíritu de Cristo en las buenas obras aprovecha más sólidamente que quien sólo lo busca en la oración”. San Ignacio quería que todos los jesuitas aprendieran a ver a Dios vivo y actuante en todas las cosas⁴.

Basten estos breves pasajes para resaltar la figura de este gran maestro de la vida espiritual, que llegó a grandes alturas en los breves 40 años que vivió. Necesitamos en la vida actual personas como Fabro, de sólida vida interior, que ayuden a otros muchos a encontrar a Dios dentro de sí mismos. Será la mejor manera de contribuir a dar solidez y fraternidad a sociedades como las actuales, tan volcadas a lo externo, tan pendientes de la apariencia, tan materialistas y consumistas.

Francisco Javier es el santo del ímpetu apostólico misiona⁵. Nacido en el castillo de Javier, Navarra, España el 7 de abril de 1506, recibió de niño la educación correspondiente a una familia hidalga y rica, porque su padre era presidente del Consejo Real del Reino de Navarra. Cuando Navarra es incorporada a la corona española en 1515, la familia cae en desgracia y el

⁴ *Ibid.*, p. 183.

⁵ *La biografía más reciente sobre San Francisco Javier, publicada en ámbito venezolano es: Pedro Galdos Zuazua, s.j. San Francisco Javier. El hombre es del tamaño de sus sueños, Colegio San Ignacio, Caracas, 2005.*

padre muere poco después. Las familias de Ignacio y Javier combatieron en bandos opuestos en el asedio a la fortaleza de Pamplona, donde quedó malherido Iñigo. ¡Quién iba a suponer que andando el tiempo ambos hombres estuvieran tan unidos por el mismo ideal de servir a Jesucristo! Dejamos al lector que recorra la vida de Javier relatada por alguno de sus biógrafos, el mejor de los cuales es Georg Schurhammer s.j.⁶ Nos interesa simplemente resaltar de su vida que su ímpetu evangelizador, su entusiasmo por Cristo y su Evangelio le llevaron a los más remotos confines conocidos, que eran entonces la India, Malaca, Japón y la China, ante cuyas costas murió en 1552.

Javier predicó en la India con gran fervor e hizo innumerables conversiones. Siempre se presentaba vestido con ropa humilde, comía austeramente y no tenía casi tiempo para sí mismo, tan grande era la afluencia de gente que quería escucharle. Estaba convencido de que su propia vida, su entusiasmo apostólico y el ejemplo de desprendimiento de los bienes terrenales eran poderosos imanes para atraer a los hombres a Cristo. Cuando pasó al Japón quiso hacer lo mismo. Se entrevistó con el daimio de Yamaguchi vestido pobremente y, en unión con el Hermano Fernández, que le servía de traductor, le explicó la historia de la salvación. Recibió una acogida fría y reservada. Van después a Meako para entrevistarse con el Emperador:

Cuando los dos extranjeros, Javier y Fernández, pobremente vestidos fueron a visitarle, les preguntaron si traían regalos. Javier les contestó que los regalos habían quedado en Hirado y que posteriormente los entregarían. No les satisfizo tal respuesta y no pudieron entrevistarse con el Emperador⁷.

Regresan a Yamaguchi, cuyo daimio era quien tenía el verdadero poder, pero ahora cambia de atuendo:

En Hirado llenó una barca con los regalos destinados al daimio de Yamaguchi y compró unos elegantes vestidos, después de considerar que su descuidado aspecto exterior no gustaba a los japoneses, ya que sus títulos de Embajador de Portugal y Nuncio del Papa implicaban una presencia más digna.

El humilde Javier cae en la cuenta de que vestir elegantemente es más atractivo para los japoneses y abre las puertas, cerradas hasta ahora,

6 Georg Schurhammer, *San Francisco Javier. Su vida y su tiempo*. 4 tomos. Gobierno de Navarra – Compañía de Jesús – Arzobispado de Pamplona, 1992.

7 Galdós, p. 102.

a la predicación. Todo por Cristo, aunque tenga que cambiar de mente, de hábitos culturales, de gustos personales.

Fue posteriormente a Fuani, llamado por el príncipe o daimio de Bungo. Llegó con una embarcación engalanada con banderines y sedas, entró en la ciudad con solemnidad, flanqueado por un acompañante que le cubría la cabeza con un quitasol, revestido con un alba de seda y una estola de terciopelo verde sobre sus hombros. Fue recibido con una triple inclinación del príncipe, homenaje con el que recibían a muy pocas personas, y permitió a Javier predicar libremente el evangelio.

Javier tuvo visión para comprender que las formas externas de hablar, vestir y comportarse deben ayudar a la predicación del evangelio. Su espíritu apostólico y su inteligencia le llevaron a ser, como san Pablo en los comienzos del cristianismo, un abanderado de la inculturación. Después de Javier y siguiendo su espíritu, los jesuitas Mateo Ricci en China y Roberto de Nóbili con los brahmanes de la India, llevaron la mentalidad de la inculturación hasta sus últimas consecuencias. Javier había mostrado el camino más eficaz para predicar a Cristo, que es adaptarse a la cultura de los pueblos evangelizados.